LA ORIGINALIDAD Y EL PLAGIO (1).

I.

Hace ya días aparecieron en *El Globo* varios artículos, acusando de plagiario al Sr Campoamor. Los artículos citaban cincuenta, sesenta ó cien frases, pensamientos y sentencias de Víctor Hugo, que el autor de las *Doloras* había casi literalmente ingerido en sus escritos.

El hecho es indudable. Ninguna de las citas puede atribuirse á coincidencia. El poeta español ha copiado al francés. Él mismo ha tenido que confesarlo y lo ha confesado. Para algunos finos amantes de la literatura la reputación del Sr. Campoamor está punto menos que perdida con tal descubrimiento.

Ignorando quiénes son los acusadores, y creyendo las firmas de Vázquez y de Nakens pseudónimos, hubo bastantes personas que me hicieron

(1) Este artículo fué inserto en la *Revista Contemporánea* el 15 de febrero de 1876.

la honra de atribuirme los artículos mencionados. Por último, no faltaron algunas que acudieron á felicitarme por ello, suponiendo que había yo prestado un gran servicio echando por tierra un ídolo popular, reduciendo á su verdadero valor una reputación usurpada.

Á tan lisonjeras felicitaciones he contestado siempre que no las merezco. Por el contrario, algo, aunque sea poco, debo yo de haber contribuído á levantar el ídolo, escribiendo un elogio del señor Campoamor, que se imprimió varias veces y hoy sirve de prólogo á la edición completa de las obras poéticas del acusado hecha en París recientemente. En aquel elogio nada escatimaba yo menos al Sr. Campoamor que la originalidad.

—Pues ya se habrá V. convencido de que no es tan original como V. pensaba,—me han dicho las personas á quienes yo negaba haber escrito la acusación y recordaba el elogio.

Esto me obligaba entonces á replicar, afirmando que las cien frases tomadas á Víctor Hugo y otras ciento más que se me citen no me hacen variar de opinión, sino que sigo teniendo al Sr. Campoamor en el mismo concepto en que antes le tenía. Casi le tengo ahora en mejor concepto, porque yo no le hubiera perdonado jamás que de su propia cosecha hubiese sacado las absurdas rarezas ó los pensamientos hueros é hinchados que se citan, mientras que, siendo de Víctor Hugo, ya se los perdono como una niñada disculpable. Al fin la gloria de tan celebrado escritor pudo deslumbrar hasta ese extremo. Inventar, por ejemplo, la frase *nada hay que maree tanto como maniobrar en lo insondable*, acredita para mí á cualquiera de tener el gusto pervertido; pero tomarla de Víctor Hugo, cegándose por el resplandor de su inmensa fama, tiene alguna disculpa.

Los demás hurtos literarios de que se acusa al Sr. Campoamor, ó son tan extravagantes como el del *mareo en lo insondable*, ó no distinguiéndose por la extravagancia, caen en la categoría de lo insignificante y sin ningún valer. Todos estos hurtos me hacen recordar el de aquel niño del cuento, á quien acusaba un hermanito suyo de haber hurtado un borrico. Espantado el padre de la precoz maldad del niño, le preguntó dónde tenía el borrico para entregársele á su dueño. El asombro del padre fué grande cuando el niño le dijo que le tenía debajo de la almohada de su cama; pero al cabo salió del asombro, no bien supo que el burro era de berengena con patas y cola de caña. Todas las frases, imágenes, sentencias y discreciones tomadas por el Sr. Campoamor á Víctor Hugo, perdóneme este glorioso autor, no valen, en mi sentir, un burro de berengena. Confesemos que todo ello más bien puede afear que hermosear una obra poética. Resulta, pues, que la acusación disminuye sólo el caudal poético de Campoamor en un burro de berengena, en poco más que nada.

Queda en pie, no obstante, la acusación de plagiario. Si vale poco lo que tomó Campoamor, tanto peor para él, se dirá. Y aunque se me tilde de que me valgo hoy de repetidas comparaciones asininas, con decir Campoamor como el gitano que

hurtó la burra, no ya de berengena, sino de carne y hueso, *aunque tuerta no es nuestra*, no se justificará de haberla hurtado.

Esto es innegable. Campoamor ha tomado un centenar de frases, buenas ó malas, de Víctor Hugo. Conforme un curioso ha descubierto hoy este hurto, mañana otro, ó el mismo, podrá descubrir el hurto de otro centenar de frases de otro autor, y luego el de otro centenar, y así hasta que apenas quede nada propio del autor de las *Doloras* y de los *Pequeños poemas*.

Las razones antedichas han sido alegadas contra mi opinión por varios interlocutores que sobre este asunto he tenido.

Contrariado de esta manera, he acabado por afirmar lo siguiente:

1.° Que no hay autor notable de quien con un poco de trabajo y diligencia no se puedan sacar más centenares de frases ó sentencias copiadas de otros autores, que los que de las obras de Campoamor han sacado Vázquez y Nakens.

Y 2.° Que lo difícil, lo casi imposible es sacar de ningún autor, por original que sea, por raro y peregrino que se muestre en pensamientos, estilo y lenguaje, cien pensamientos ó cien frases que tengan una verdadera y completa originalidad.

De aquí ha venido la cuestión á hacerse general. El Sr. Campoamor sabe defenderse y no ha menester de mi ayuda; pero con motivo de la acusación contra el Sr. Campoamor se ofrece á la mente una cuestión de literatura de la mayor transcendencia. ¿Qué es originalidad? ¿En qué

consiste el valor de un escritor y, sobre todo, de un poeta? ¿Qué le da gloria, sér inmortal, influjo en las generaciones futuras, aunque haya copiado de otros autores todo lo que dice?

El deseo de exponer lo que pienso sobre este tema, de grande interés para todos, me mueve á escribir estos artículos, á pesar de lo fatigado y poco dispuesto á escribir que hace días me encuentro y de que ya es tarde para renovar la cuestión.

II.

Si fuera menester para escribir decir siempre cosas inauditas, del todo originales, que nadie hubiera dicho antes, no habría persona alguna dotada de una razonable modestia que se atreviese á tomar la pluma en la mano. Sólo escribirían entonces aquellos insensatos, de quienes dice Despréaux:

Qui croiroient s'abaisser dans leurs vers monstrueux
S'ils pensoient ce qu'un autre a pu penser comme eux.

Y aun así, estos mismos que por buscar la originalidad se apartan de los caminos trillados, y huyen del sentido común como de la peste, no pueden estar seguros de ser originales. ¿Qué disparate habrá que ya no se haya dicho en verso ó prosa? Ese mismo amor á lo insólito y disparatado puede inducir á ser imitador también. Si no fuera por ese amor, ¿hubiera el poeta de las *Doloras* re-

cogido como una joya primorosa lo del *mareo del que maniobra en lo insondable?*

No hay autor más innovador, más presumido de original en nuestro Parnaso castellano, que Góngora en las *Soledades* y el *Polifemo*. Ambas obras, no obstante, están llenas de imitaciones, como lo prueba D. García de Salcedo Coronel en su docto y prolijo comentario.

Abramos al acaso las *Soledades*. Góngora dice:

> Su vago pie de pluma
> Surcar pudiera mieses, pisar ondas,
> Sin inclinar espiga,
> Sin violar espuma.

Es evidente imitación ó, mejor dicho, copia de Virgilio (*Eneida*, lib. VII), donde dice, hablando de Camila:

> *Illa vel intactæ segetis per summa volaret*
> *Gramina, nec teneras cursu læsisset aristas,*
> *Vel mare per medium fluctu suspensa tumenti*
> *Ferret iter, celeres nec tingeret æquore plantas.*

Virgilio, á su vez, lo tomó de Homero (*Iliada*, 20).

Dice Góngora en otra parte de las *Soledades:*

> Las que el cielo mercedes
> Hizo á mi forma ¡oh dulce mi enemiga!
> Lisonja no, serenidad lo diga
> De limpia consultada ya laguna.

También es imitación de Virgilio (égloga II), quien á su vez imitó ó copió á Teócrito en el Idilio del Cíclope.

En suma, Góngora ha copiado de todos los poetas latinos, de muchos griegos y de no pocos italianos, entre los que descuella el Caballero Marini.

Pero se me dirá: las *Soledades* son un poema pedantesco y detestable, donde, á par que no hay verso ni idea que no estén imitados ó copiados de algún clásico, la originalidad se funda en lo violento, artificioso y archiculto del estilo.

Pues tomemos al poeta más dulce, más natural, más sencillo que ha habido en España: al que puede pasar casi por renovador de nuestra poesía lírica; tomemos á Garcilaso. Lo mejor, lo más popular, lo más encomiado de Garcilaso es la égloga I. Examinémosla. Apenas hay un pensamiento, una imagen, una sentencia que no sea copia, imitación ó remedo de un poeta latino. Sólo de esta égloga I pueden sacarse tantos hurtos como todos los que los Sres. Vázquez y Nakens han sacado de Campoamor. Hay, con todo, una diferencia en favor de Campoamor y en contra de Garcilaso. Los hurtos del poeta moderno no pasan de frases ó sentencias breves y aisladas; los del antiguo poeta suelen ser pasajes largos de muchos versos. Así, por ejemplo:

> Cual suele el ruiseñor con triste ca to
> Quejarse, etc.

es de las *Geórgicas* de Virgilio:

> *Qualis populea mærens Philomela sub umbra,*
> *Amisos queritur fœtus quos durus arator*
> *Observans nido implumes detraxit; at illa*
> *Flet noctem, ramoque sedens*, etc.

Después que nos dejaste nunca pace
En hartura el ganado ya, ni acude
El campo al labrador, etc.

Es también de Virgilio, égloga V:

Postquam te fata tulerunt
Ipsa Palles agros, at que ipse reliquit Apollo.

La mala hierba el trigo ahoga, y nace
En lugar suyo la infelice avena.

Infelix lolium et steriles nascuntur avenæ.

Virgilio, á su vez, imitó ó copió de Teócrito los mismos pensamientos.

Bien claro con su voz me lo decía
La siniestra corneja.

Es de Virgilio también:

Sæpe sinistra cava predixit ab illice cornix.

¿Qué no se esperará de aquí adelante
Por difícil que sea? etc.

Es otro largo pasaje de Virgilio, égloga VIII:

Quid non speremus amantes?
Jungentur jam gryphus equis... etc.

Siempre de nueva leche en el verano
Y en el invierno abundo.

Lac mihi non æstate novum, non frigore defit.

No sigo citando para no fatigar á los lectores.

Baste lo dicho para prueba de que Garcilaso era más plagiario que Campoamor.

Pues ¿qué diremos de Fr. Luis de León? En la forma, en la traza general de sus más notables composiciones, *La Vida del Campo* y *La Profecía del Tajo*, copia á Horacio. El sentimiento cristiano y místico que suele haber en sus composiciones, ¿no puede afirmarse que también está tomado de otros autores?

Así, por ejemplo, Fr. Luis en su oda á la Virgen imita la canción VIII del Petrarca *(In morte di Laura)* á la Virgen también. En la oda á Salinas, que empieza

El cielo se serena,

toma pensamientos de Platón en el *Fedon* y en el *Fedro;* de San Agustín, *De música*, y de San Buenaventura, *Iter mentis in Deum*. En la oda al nacimiento de la hija del Marqués de Alcañices imita á Horacio en las odas 5 del libro I, 17 del II, 5 del III y *Carmen sæculare*. En la oda *Á Felipe Ruiz*, *De la avaricia*, imita á Horacio, odas 2 del libro II, primera del III, 16 del III y la sátira I. En otra oda *Á Felipe Ruiz*, que empieza

Cuándo será que pueda
Libre de esta prisión volar al cielo,

imita Fr. Luis á Horacio en dos epístolas, á Platón en el *Fedon* y á Virgilio en las *Geórgicas*. La tan celebrada descripción de la tempestad es de Virgilio. Hasta cuando dice Fr. Luis:

Entre las nubes mueve
Su carro Dios ligero y reluciente.
Horrible son conmueve,
Relumbra fuego ardiente,
Treme la tierra, humíllase la gente,

no hace más que reproducir, dicho sea con franqueza, menos enérgicamente:

Ipse Pater media nimborum in nocte, corusca
Fulmina molitur dextra: quo maxima motu
Terra tremit; fugere feræ, et mortalia corda
Per gentes humilis stravit pavor.

Sería cuento de nunca acabar el ir citando aquí otras imitaciones ó copias que ha hecho Fr. Luis de León de Horacio, de Platón, de Píndaro, de Cicerón y de Virgilio. Eso sí: él tenía muy buen gusto y no imitaba ó copiaba sino lo muy bueno.

Del divino Herrera pudiéramos también hacer un examen del cual no saliese mejor librado; pero no queremos pecar de prolijos. Baste decir que la canción *Á la batalla de Lepanto* está toda llena y como tejida de versículos de la Biblia.

De los poetas de nuestro siglo, ¿no se puede decir también que han copiado mucho? Espronceda, por ejemplo, traduce casi de la carta de Doña Julia á D. Juan, de Byron, la carta de Elvira á Don Félix; copia de Béranger la *Canción del cosaco*, y remeda á Byron en sus digresiones chistosas é impertinentes de *El Diablo Mundo*. En el espíritu general que anima todas sus composiciones, en aquello que imprime carácter y pone el sello de

distinción á su genio, ¿quién duda tampoco que Espronceda es un imitador del lord poeta?

Si salimos fuera de España y estudiamos otras literaturas, veremos que la imitación no sólo ha sido tolerada, sino recomendada en todas partes. ¿Qué no deben á los griegos los poetas latinos? ¿Cuánto no tomó Virgilio de Homero, de Teócrito, de Apolonio y de otros menos ilustres? ¿Cuánto no tomó Horacio de Píndaro? Él mismo da como precepto el imitar los autores griegos:

Vos exemplaria græca
Nocturna versate manu, versate diurna.

En Francia, el famoso preceptista Boileau llegó á decir que *el poeta que no imite á los antiguos no será imitado de nadie*, poniendo así por condición de que un poeta valga algo el que sea imitador de otros.

En mi sentir, el más notable poeta lírico que han tenido los franceses, y sin disputa el creador de la moderna poesía lírica de aquella nación, es Andrés Chénier. Víctor Hugo mismo reconoce este mérito cuando en aquellos extraños versos, titulados *Le cheval*, supone que el Pegaso ha tenido siempre un palafrenero divino, y que Andrés Chénier ha sido el último de estos palafreneros.

Sou écurie, où vit la fée,
Veut un divin palefrenier;
Le premier s'appelait Orphée;
Et le dernier, André Chénier.

Pues bien: este último palafrenero divino es el

más gran copista de poetas griegos y latinos que ha existido jamás desde que el mundo es mundo. Para demostrarlo basta recurrir á la edición crítica de sus *Poesías*, hecha por L. Becq de Fouquiéres. Hasta en la admirable y valiente oda *Á Carlota Corday* hay imitaciones de Horacio, de Homero, de Eurípides y de Juvenal, y en la elegía *La jeune captive,* lo más bello y sentido que se ha escrito tal vez en versos franceses, imita el poeta á Eurípides, á Tibulo, á Stacio, á Esquilo y á su compatriota Racine.

Tal vez sostendrá alguien, volviendo á la ya casi olvidada división de los poetas en clásicos y románticos, que si bien no puede menos de concederme que los clásicos son unos grandes plagiarios, los románticos en cambio son originalísimos, se dejan arrebatar sólo de su inspiración y no imitan ó copian á nadie.

Acudamos al príncipe de los poetas románticos, al insigne Shakespeare, y él se encargará de desmentir tal aserto. Acaso no figure otro en toda la caterva de poetas que haya robado con menos escrúpulo cuanto se encontraba á la mano. En los teatros de Londres había multitud de tragedias donde muchos habían escrito. Shakespeare las tomaba, las arreglaba ó refundía, y así pasaban por suyas. Los cálculos é investigaciones de Malone demuestran que apenas tiene Shakespeare un solo drama donde todo le pertenezca. En la trilogía de Enrique VI, pongo por caso, de 6.043 versos, 1.771 son de un autor desconocido, anterior al gran poeta; 2.373 están arreglados ó corregidos por

él sobre los ya compuestos por otros predecesores suyos, y sólo 1.899 son del propio Shakespeare por entero.

De todos estos plagios de Shakespeare no crean mis lectores que sólo se hace cargo algún detractor suyo, sino también sus encomiadores más hiperbólicos, entre los que descuella el americano Emerson.

Este pensador tiene ideas teosóficas, panteísticas y un tanto desatinadas, aunque muy poéticas, como el famoso Swedenborg y el zapatero Jacobo Boehm: cree que hay algo que él llama sobre-alma ó alma suprema, y que esta sobre-alma mueve y concierta todas las cosas y las ordena á un buen fin: de suerte que los grandes hombres y héroes vienen á ser como los respiraderos por donde sale á relucir y da razón de sí la tal sobre-alma, manifestándose en el mundo con pensamientos y obras. Emerson tiene, entre otros libros, uno que se titula *Hombres representativos*, que son las epifanías, encarnaciones, hipostasis, ó como quieran llamarse, de la mencionada sobre-alma. Algo se parece el tal libro de los *Hombres representativos* á otro del inglés Carlyle, titulado *Adoración de los héroes*. En suma, y sin meternos en honduras y dejando aparte las intrincadas filosofías de estos autores, es lo cierto que ambos deifican á varios personajes de un modo harto pomposo.

Emerson, supongo que arbitrariamente ó bien llevado de la virtud cabalística del número siete, pone siete hombres representativos, como hay siete arcángeles, y siete virtudes, y siete pecados ca-

pitales, y siete candeleros de oro, y siete hermanos mártires en muchísimos martirios. Los siete hombres representativos de Emerson son: el filósofo, Platón; el místico, Swedenborg; el escéptico, Montaigne; el hombre de mundo, Napoleón; el escritor, Goethe, y el poeta, Shakespeare. Claro está que no es menos arbitraria que la división de los oficios en siete la elección de personajes para cada uno de los siete oficios. Lo mismo podríamos hacer otro libro, poniendo por filósofo á Aristóteles; por místico á San Juan de la Cruz; por escéptico á Sánchez; á Alejandro Magno ó á Colón por hombre de acción ó de mundo; por escritor á Cervantes y por poeta á Dante, á Calderón ó á Lope. Sea esto dicho de paso, y perdóneseme la digresión. Aquí no trato de impugnar á Emerson, sino sólo de decir que para Emerson Shakespeare es el poeta por excelencia; *el poeta*, con todo el énfasis que el artículo *the* puede dar y da á la expresión en lengua inglesa. Para Emerson, en punto á poder de la mente, á entendimiento, á ingenio, el mundo de los hombres no ofrece nada igual á Shakespeare. Shakespeare es una esperanza, ó mejor dicho, una amenaza de que saldrá al fin otra casta de seres superiores á los humanos: es como la primera muestra, como el precursor de esa nueva casta, que nos va á dejar tamañitos. Pues bien: este precursor, por declaración de Emerson, ha copiado y plagiado como nadie. De aquí la teoría de Emerson de que los grandes hombres, y sobre todo los grandes poetas, no son originales: son receptivos y comprensivos. Un gran poeta no es una araña

que fabrica su tela de su propia substancia, ni alguien que no se parece á los demás hombres y anda siempre devanándose los sesos para sacar de allí cosas que á nadie se le hayan ocurrido. El gran poeta tiene corazón y entendimiento en perfecta consonancia con su país y con su época, y dice lo que todos dicen en su época y en su país, si bien lo dice mejor y más lindamente, y con el encanto inefable y misterioso de quien pone en ello toda el alma.

Como otra prueba de este modo de ser gran poeta, tan opuesto á esa originalidad que ahora se requiere, Emerson cita á Chaucer. Chaucer tomó también de todas partes: saqueó á Guido de Colonna, á Dares, á Ovidio, á Estacio, á Bocaccio, á Petrarca y á los poetas provenzales. Su influencia, en cambio, fué grandísima en la posterior literatura inglesa, notándose aún rastros de ella en Pope y en Dryden.

Debo hacer notar aquí que á menudo no se descubren huellas de imitación, no porque un poeta sea más original, sino porque aquello que dice es una colección de *lugares comunes*, esto es, que el poeta no imita á nadie porque imita á todo el género humano, no copia á un autor determinado porque lo que dice lo dicen todos los autores y todos los que no son autores.

Esta carencia de sér y de consistencia en el pensamiento se salva, sin embargo, en ocasiones por la belleza de la expresión. No soy yo entonces tan severo como Horacio: no desdeño tanto como él.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

versus inopes rerum, nugæque canoræ.

Sírvanos de muestra un trozo cualquiera de las Epístolas de Moratín.

Ya el crudo invierno que aumentó las ondas
Del Tribe, en sus orillas me detiene,
De Roma habitador. ¡Fuéseme dado
Vagar por ella, y de su gloria antigua
Contigo examinar los admirables
Restos que el tiempo, á cuya fuerza nada
Resiste, quiso perdonar! Alumno
Tú de las musas y las artes bellas,
Oráculo veraz de la alma historia,
¡Cuánta doctrina al afluente labio
Dieras, y cuántas, inflamado el numen,
Imágenes sublimes hallarías
En los destrozos del mayor imperio!
Cayó la gran ciudad que las naciones
Más belicosas dominó, y con ella
Acabó el nombre y el valor latino;
Y la que osada, desde el Nilo al Betis,
Sus águilas llevó, prole de Marte,
Adornado de bárbaros trofeos
El Capitolio, conduciendo atados
Al carro de marfil reyes adustos,
Entre el sonido de torcidas trompas
Y el ronco aplauso de los anchos foros,
La que dió leyes á la tierra, horrible
Noche la cubre, pereció. Ni esperes
Del antiguo valor hallar señales.

Todo esto es tan común por el pensamiento, que

se le ocurre y se le ha ocurrido á cualquiera. No hay que buscar de dónde lo tomó Moratín. Lo tomó de todas partes. Lo que realza y da valor á tales lugares comunes es lo elevado y elegante de la expresión: lo que llaman la dicción poética; en la cual, á más del conocimiento magistral de nuestro idioma, se nota la imitación del estilo de Parini y de otros poetas italianos.

De notar es también que no son los pensamientos peregrinos los que hacen á menudo grande á un poeta, sino el brío del sentir, que sólo se manifiesta en la forma, en la dicción, en el modo de expresarse. Y aun en esto hay algo de misterioso ó de harto difícil de explicar. Lo más sublime, lo más bello suele ser lo más natural y lo más sencillo: lo que lejos de no ocurrírsele á nadie sino al poeta, se le ocurre á todo el mundo. Si vamos, por ejemplo, á examinar toda la doctrina de Quintana en su poesía lírica, no sacamos más que un patriotismo grande, la creencia en el progreso de la humanidad y las ideas más divulgadas por los filósofos franceses del siglo XVIII. La expresión enérgica, que prueba cuán hondamente está sentido todo ello, es sólo lo que avalora aquellas magníficas poesías. De ser la originalidad lo que vulgarmente se supone, y de exigirse además á cuantos escriben, sería cosa calamitosa.

Hay millones de libros escritos. Si el poeta, para conservar su originalidad, no los leyese, se expondría á coincidir con algunos de ellos y á repetir, por coincidencia y mal, lo que mucho antes que él habrían dicho ya mejor y más gallardamente.

Si los leyese, sería sólo para evitar el imitarlos. Cada nuevo ingenio que apareciera en el mundo, lejos de poner en circulación, por decirlo así, nuevas y hermosas expresiones, graciosas ó sublimes imágenes, ideas ó sentimientos delicados ó egregios, lo que haría sería amortizarlos, sacarlos del comercio intelectual, puesto que nadie podría repetirlos sin incurrir en la nota de plagiario.

III.

Lo contrario es, no obstante, lo que se observa en toda la historia de la cultura humana, y singularmente de la poesía. La transmisión, la copia, el remedo es un hecho constante. Lo verdaderamente original, ó es más escaso de lo que por lo común se cree, ó se pierde en fuentes desconocidas allá en la noche de los tiempos. De aquí la manía ó la exageración al menos con que ciertos eruditos, cada cual según su afición y la índole de sus estudios, buscan el origen de todo, ya en Egipto, ya en la India, ya en otra civilización primitiva, de donde para ellos proceden ciencias, filosofía, religión, artes é industria.

Claro está que sería una locura negar la originalidad. Alguien inventó, alguien pensó y dijo las cosas antes de que nadie las dijese. Lo que aquí se hace es afirmar que las cosas nuevas, pensadas y dichas, son muchas menos de lo que se imagina. Salomón, ó quien fuera, hace ya muchos siglos dijo, no sin razón, que no había debajo del sol nada nuevo.

Para espíritus perezosos á par que curiosos, como el mío, es esto una gran consolación. Sería para desesperarse si creyera uno que entre los millones de libros que se han escrito hay más original de lo que hay. Si uno no estuviera convencido de que los autores no hacen casi siempre sino repetirse ó copiarse, se afligiría mucho de no poder leerlos á todos, y la idea de su ignorancia sería aterradora. Por fortuna, los hombres somos muy charlatanes, y la manía de escribir es general y contagiosa. Escribir con concisión es más difícil que escribir amplificando. De aquí que se escriba tanto para decir tan poco: á menudo para no decir nada.

Seamos francos. Si nosotros, los que escribimos, hiciéramos voto de no volver á tomar la pluma en la mano hasta que se nos ocurriese algo nuevo, verdaderamente nuevo, que escribir, nos pasaríamos la vida en perpetua holganza; una multitud de industrias, como las del impresor, del fabricante de papel, del encuadernador y del librero, vendrían á arruinarse, produciendo cierta perturbación económica en el mundo, hasta que los hombres que á esas cosas se dedican hallasen otro modo de ganar el sustento cuotidiano.

En nada ha sido tan fecundo el espíritu del hombre, de un siglo á esta parte, como en las ciencias de observación. Demos de barato que son flamantes, nuevas, todas las ciencias nuevas que hace poco se han inventado; pero confesemos también que los hechos importantes en que se funda cualquiera de estas ciencias, las verdades

indisputables que contiene y hasta las hipótesis que construye, caben en tres ó cuatro pliegos de papel, aunque sobre la más ruín de estas ciencias nuevas se hayan escrito ya resmas y resmas. Es de notar, además, que en estas ciencias, como no se da la invención en el sentido de creación de la mente, sino la exposición de hechos de los cuales se infieren ó se inducen leyes, teorías é hipótesis, cabe escribir más sin repetirse; pero lo que es en la poesía, si todo hubiera de ser inventado é inaudito, ya pudieran enmudecer cuantos caramillos, arpas, liras, trompas y demás instrumentos han servido á los poetas.

En los tiempos antiguos y semibárbaros, en el albor de las civilizaciones, era cuando el poeta imperaba; cuando era ó aparecía original. Su inventiva y su memoria se confundían é identificaban en el concepto de la muchedumbre ignorante y de buena fe que le prestaba atento oído. Cuanto el poeta había atesorado en su memoria en extrañas regiones; cuantas sentencias había oído, iniciándose tal vez en los misterios egipcios, caldeos, de Eleusis ó de Samotracia; cuanto había aprendido conversando con sacerdotes y hierofantes, todo lo ingería en sus versos, sin que nadie se metiese á averiguar si era plagio ó no era plagio. Los mismos primores, ensueños, leyendas, fábulas é historias prodigiosas, que su pueblo había inventado, el poeta, prestándoles forma inmortal, los repetía al pueblo, que los escuchaba gustoso. Es más: yo dudo mucho de que el poeta de entonces se atreviese en este punto á ser original;

tuviese la desvergüenza de inventar cosa alguna que ya el pueblo inconscientemente no hubiese inventado, teniéndolo por cierto.

Así nacieron la poesía épica, la didáctica y la sentenciosa de las primeras edades. Homero, Hesiodo, los siete sabios y los demás poetas gnómicos, que tan originales nos parecen, debieron de ser, en cierto sentido, unos grandísimos plagiarios.

Los primeros filósofos griegos, algunos de los cuales, ó los más de ellos, poetas, esto es, escritores en verso, trajeron muchísimo también aprendido de sus largas peregrinaciones. Platón dice, no recuerdo bien dónde, que los griegos tomaron de todas partes pensamientos, sistemas, ideas, etc.; pero que tuvieron singular habilidad para asimilárselo y apropiárselo, y convertirlo todo en la substancia de su fecunda civilización. La Grecia estaba dichosamente situada para realizar este trabajo, cercana, y casi rodeada, de Egipto, Frigia y Fenicia.

Se cuenta que Demócrito consumió su pingüe patrimonio viajando é instruyéndose. Cuando volvió á Abdera, su patria, le condenaron, en virtud de leyes muy severas que tenía aquella república contra los pródigos. Entonces acudió él á la Asamblea popular, y leyó allí la obra más importante que había compuesto, como fruto de sus viajes. El pueblo, entusiasmado, reconoció que no había malgastado, sino empleado muy bien su hacienda, y le mandó dar la suma fabulosa de 50 talentos, que, si no me equivoco, equivalen á medio millón